

Luis Cabrera Delgado: *Retrato de familia*

(La Habana: Editorial Letras
Cubanas, 2003, 184 páginas)

.....

Luis Cabrera Delgado (1945) es un narrador, dramaturgo, guionista de radio e investigador cubano, con una importante producción de libros para niños y varios premios de su país y de Latinoamérica.

Su novela narra la historia de más de cien años de una familia de pueblo se confabula con los principales acontecimientos políticos del país, en esta obra que suscita disímiles reflexiones. Bajo el mando a veces certero, a veces posesivo de Manita García, mambisa y negociante próspera, se celebra cada año, con una respetuosidad obsesiva de las tradiciones familiares, el Día de las Madres con un almuerzo. El reencontro de los hijos, primos y nietos es momento pertinente para obtener la ayuda o el desalojo de la “santa” Manita. La novela transcurre en diferentes espacio-tiempos y es contada por un narrador-personaje que dialoga intertextualmente con remarcada

constancia, para mostrarnos el ritmo exacto de la creación literaria. Luis Cabrera Delgado deja un testimonio exuberante y mágico del universo que se derrama alrededor de una familia numerosa, y lo hace con un estilo preciso en el que se funden la ironía y las nostalgias de la identidad. A continuación, un extracto muy corto de la novela (páginas 7-8):

- La que está en el centro es Manita.
- Yo no sé por qué te pones a mirar fotos viejas.
- Porque estoy melancólico.
- Pero si lo que te pone es triste como un gato cuando llueve, es precisamente eso.
- ¡Bah! No empieces.
- ¿Y esta, quién es?
- Tía Elena. Aunque parecen hermanas, es hija de Manita.
- Por eso es que estaba en el almuerzo.

Todos los años, el Día de las Madres, en casa de Manita García se hacía un almuerzo al que venían sus hijos, hijas, nueras, yernos y nietos.

- Tía Elena estaba muy avejentada. Hacía veinte años que lloraba la muerte de su marido.
- Y todos los percances que ocurrieron ese día, el día de la foto, ¿te acuerdas?, comenzaron con la dichosa caja de huesos.
- Sí.

La mesa del comedor no alcanzaba ni poniéndole las dos tablas adicionales que Manita García guardaba en la barbacoa encima de los lavaderos, y había que improvisar un tablero de ocho metros. Los nietos que vivían en Jarahueca tenían que, una quince-
na antes del almuerzo, dedicar todo el tiempo que no fuera de escuela a ayudar a la abuela en los preparativos.

- Ángel, ve a casa de los Darías a buscar un racimo de plátano macho.

Y como entre ninguno de los nietos de Manita García –ni en los cinco del pueblo ni los ocho de Perea, Meneses, Iguará, Venegas y La Habana–, había siquiera una hembra, los varones debían cooperar en todo.

- Baltasar, tienes que ayudar a des-hollinar la casa.

Y así, dando órdenes como un general del Ejército Mambí, el día del mencionado almuerzo, Manita García lograba que en el jardincito de la entrada, las piedras de las arecas y los rosales lucieran en redondel el blanco de la lechada; en la sala, los cristales de las fotos de los parientes quedaran limpios sin siquiera una cagadita de mosca; los cuartos olieran a vetiver, y en la cocina los más exquisitos aromas de sofritos, asados, dulces y frutas reventaran en sartenes, calderos y platos.

- Raunel, ocúpate de dejar encargada la piedra de hielo.

Con los más mínimos detalles previstos, ordenados y ejecutados desde semanas anteriores, el día del convite era de solaz para todos.

- Hoy pueden irse a jugar al patio.

Y allá corría la muchachada. Ese día, primero jugaron a la candelita, pero embullados con tantos lugares buenos por el traspatio, los lavaderos, la arboleda y el corral de los puercos, decidieron jugar a los escondidos. Ramirito fue quien “se quedó” en el reparto de la piedra, y cuando se inclinó sobre la base, todos los primos salieron en desbandada en busca de las mejores guaridas.